

casa de Don Leonel de Salazar, subió las escaleras, y se mandó anunciar con un lacayo, no dando su nombre, sino solicitándole para una conferencia con una dama encubierta.

Don Leonel hablaba con su hermano el Padre Alfonso. Despues de haber salido de la casa de Catalina despedido por ella y con el corazon despedazado por el matrimonio de Doña Esperanza, Leonel vagó por las calles de la ciudad sin encontrar consuelo, y casi instintivamente entró á su casa y buscó á su hermano.

Don Leonel estaba en una situacion incomprensible aun para él mismo; sentia celos horribles por el casamiento de su prima; pero enmedio de su despecho sentia por ella un amor y una ternura infinitas, que luchaban, por decirlo así, como la luz y las tinieblas; con una especie de pasion volcánica que se encendia en su pecho al recuerdo de la belleza de Catalina, á la memoria de su gracia, de su voluptuosidad: el combate entre el ángel bueno y el ángel malo de que hablan las tradiciones cristianas se trababa en su alma; no sabia quién triunfaria por fin: amaba á Esperanza con toda la fuerza de su espíritu, y ese amor, por lo mismo que era imposible ya, se habia vuelto en él mas ardiente; pero adoraba á Catalina con todo el fuego de su corazon, con todo el vigor de su cuerpo: no hubiera sabido qué contestar si le hubieran preguntado á cuál preferia perder, pero tampoco hubiera sabido decir cuál de aquellas dos pasiones era mas vehemente.

Don Leonel necesitaba contar á álguien lo que sentia, lo que pensaba; le era preciso desahogar sus penas en el corazon de un hermano ó de un amigo, porque hay veces en que el placer ó el dolor son de un peso superior al que puede sostener nuestro espíritu y necesitamos buscar quien nos yude á sentir.

XXXIII.

De cómo toda Magdalena puede encontrar un Redentor.

LA noche habia comenzado á tender su manto por las calles de México, y entre aquella incierta claridad y entre aquella dudosa sombra, se vió salir, como recatándose de la casa de Don Pedro de Mejía, á una dama cubierta con un velo negro y envuelta en un gran manton, negro tambien.

Por la gallardía de su talle y por el garbo con que caminaba, los lacayos conocieron á la viuda de su amo, á Doña Catalina, que pasó entre ellos sin dirigirles una palabra, sin ordenar que la siguiese alguno, como era mas que costumbre en aquellos tiempos y en aquella hora.

Doña Catalina salió y atravesó resueltamente la plaza sin hacer el menor aprecio ni mostrar siquiera que oia las flores y las galanterías que le decian al paso los hombres de buen humor que encontraba por la calle, y que la tomaban por una dama de picos pardos que buscaba aventuras.

Profundamente preocupada Doña Catalina llegó hasta la

* Don Leonel refirió á su hermano cuanto pasaba en su alma, y cuantos acontecimientos habian tenido lugar en aquel dia.

—Pero hermano mio—decia Don Alfonso—parece increíble que nuestra prima Doña Esperanza, la hija de Doña Juana de Carbajal, criada en tanto recogimiento, se haya atrevido á tanto, se haya olvidado de ese amor que me has dicho que te juró tantas veces, para huir de su casa con un hombre viejo y de tan mala reputacion.....

—Y no lo dudes, Alfonso, yo la he visto ante el altar, yo la he visto pasar á mi lado orgullosa y serena, del brazo de su esposo, y cuando me he acercado á hablarla, á reconvenirla, ciego de admiracion y de celos, ella me ha apartado desdeñosamente, diciéndome «no os conozco.» Esto es infame, ¿es verdad, Alfonso? infame.....

—Al menos es incomprendible.

—No, eso no; yo sí lo comprendo, lo comprendo todo, todo; la codicia entró en el corazon de esa mujer, por no sé qué ligas misteriosas, Don Alonso de Rivera venia á ser una persona necesaria para Esperanza, en la testamentaria de Don Pedro, y ella por quitarse un obstáculo, por hacerse de un aliado, por encontrarse sin duda rica y poderosa, lo ha sacrificado todo, todo, mi amor, mi felicidad, su juventud, sus juramentos.....

—Leonel, quizá haya en todo esto algun misterio que no puedes tú alcanzar; no culpes á esa jóven, quizá habrá sido mas desgraciada que criminal.

—Hermano mio, la nobleza de tu corazon te lleva siempre á disculpar las faltas de todos, pero ahora esa benevolencia se engaña, si hubieras visto á Esperanza cómo iba satisfecha de sí misma, cómo me miró con desprecio, ¡oh! entonces no la disculparias, como yo no la perdonaré nunca!

—Somos crueles, Leonel, con los demas, y demasiado indulgentes con nosotros mismos: ¿qué contestarias á Doña Esperanza si ella hubiera sabido tus amores con Doña Catalina, si ella te hubiera reclamado la fe de tus promesas y tus juramentos?

Don Leonel bajó los ojos y cayó.

—Pero ya Doña Esperanza está perdida para tí; una vez unida á otro hombre, no te es permitido ni pensar siquiera en ella, ni recordarla; debes evitar un encuentro con ella: si la amaste no debes hacerla desgraciada; quizá ella te ame aún, quizá algun compromiso terrible la haya hecho dar su mano á ese hombre, y llore en secreto su pasion por tí; y entonces ¿será digno, será noble que tú te acerques á ella, que le dirijas reproches, que le recuerdes lo que debe olvidar para siempre, que la pongas en la espantosa situacion ó de morir de pena ó de faltar á sus deberes?

—No, nunca, nunca cometeré semejante vileza. Viva feliz y estaré contento.

—Así, así te quiero ver, hermano mio, con esos arranques de nobleza y de generosidad: si ella, como yo creo, te ama, y tú la amas tambien, haced un esfuerzo, sobreponeos, y quizá el tiempo y otro nuevo amor os hará olvidar vuestra desgracia.

—Me parece imposible.

—Nada hay imposible para Dios, y míralo patente; cuando era segura tu desgracia, y ya esa Doña Catalina interesaba tu corazon, y ya sentias por ella el principio de un amor que puede ser tu remedio.....

—Es verdad.

—¿Tú amas ya á Doña Catalina?

—Creo que sí.

—¿Y tú crees que es una mujer digna de tu amor?

—La verdad es que si no lo fuera, me sentiria yo el hombre mas desgraciado del mundo.

—Ese es un síntoma de amor; ¿conoces tú la historia de esa dama?

—Casi toda: es una muchacha pobre, pero de familia honrada, y casi noble, á quien unieron con Don Pedro de Mejía, sacrificándola á sus grandes riquezas; pero el candor y la inocencia brillan tanto en sus ojos azules, como en los negros ojos de mi prima Doña Esperanza.

—¿Y es bella? ¿y te ama?

—¿Bella? es un arcángel; y no sabria hacerte su descripcion, porque es una hermosura para vista y no para pintada: ¿si me ama? ¡ay! hermano; yo lo creia así; pero ya te he referido que me arrojó con indignacion de su presencia.

—Bien; pero eso, Leonel, no puede haber sido mas que un acto de los celos, porque fuiste inoportunamente franco con ella.

—¿Lo crees así?

—Sí, estoy seguro, y esta es la prueba de que te ama; y sin duda por su misma inexperiencia ha dado este paso: creete, Leonel, que otra mujer que hubiera tratado solo de engañarte, de divertirse contigo, de explotarte, no se hubiera mostrado tan indignada.....

—¿Y piensas que me perdonará?

—Una mujer perdona siempre que ama de veras y que está segura de ser amada.

En este momento la puerta de la estancia en que hablaban los dos hermanos se abrió, y un lacayo dijo sin pasar del dintel:

—Una dama encubierta que no ha querido decir su nombre, solicita hablar al señorito Don Leonel.

Los dos hermanos se miraron.

—Iré á verla—dijo Don Leonel.

—No—contestó el Padre Alfonso—hazla pasar aquí; yo me entraré al aposento que sigue; quizá tenga esta visita relacion con tus aventuras de hoy, con tu felicidad y con tu porvenir: espero en la estancia vecina; si necesitas de mis consejos, llama; el corazon me dice que te seré útil.

—Gracias, hermano mio. Dí á esa dama que pase.

El lacayo salió por un lado; el Padre Alfonso se retiró por el otro, y Don Leonel quedó solo, esperando á la dama.

Pocos momentos despues, la puerta se abrió lentamente, y la dama misteriosa penetró, volviendo á cerrar.

—¿Estais solo, Don Leonel?—preguntó la dama en voz muy baja.

—Solo, señora; entrad con confianza—contestó el jóven temblando de emocion.—¿Quién sois?

—Miradme.

—¿Dios mio!—exclamó espantado Don Leonel.—¿Catalina! ¡Catalina en mi casa!

—Sí, Leonel, en vuestra casa, porque necesitaba hablaros, necesitaba veros para pedirlos de rodillas, si no vuestro amor, al menos vuestro perdon, porque no puedo vivir sin adoraros.

—Catalina—dijo Leonel exaltado y tratando de tomar una de las manos de la jóven—me haceis muy feliz.

—No me toqueis—exclamó Doña Catalina retrocediendo—no me toqueis, por Dios, porque entonces me seria mas espantoso despues vuestro desprecio; no os acerqueis á mí, no me hableis de vuestro amor, hasta que os diga quién soy, hasta que conozcais mi historia, Don Leonel, porque yo no soy digna de vuestro amor.

—¿Catalina! ¡Catalina! me espantais!.....

—Sí, Don Leonel—continuó con exaltacion la dama y en voz muy alta—yo no soy lo que parezco; yo no soy una jóven honrada, pura, virtuosa; yo no soy la honesta viuda de Don Pedro de Mejía.....

—¡Catalina! callad, por Dios!

—No, no; escuchadme, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; porque os amo tanto, que este secreto pesa como una montaña sobre mi corazon, y porque moriria antes que engañaros: yo soy una mujer perdida, que ha comerciado con su cuerpo y con su belleza desde su mas tierna juventud; yo he servido para lisonjear los caprichos de los jóvenes prostituidos y para juguete de las brutales pasiones de los viejos y ricos encenagados en el vicio; yo no debo traer este trage de viuda honrada y honesta, no; para mí los picos pardos de las mujeres públicas, los escandalosos tocados de las mulatas que viven del vicio: yo no soy una jóven virtuosa como vos habeis creído; soy una ramera, una infame, indigna de ser vuestra, indigna de vuestro amor, indigna de ser siquiera esclava de vuestra casa.

Don Leonel, verdaderamente aterrado con aquellas confesiones, con aquella ruda y terrible franqueza, con aquel lenguaje apasionado de Catalina, habia caído en un sitial y se cubria el rostro con las manos, sin atreverse á mirar siquiera á la jóven.

—Yo no quiero—continuó Catalina—ni referiros mi historia ni culpar á nadie de mi desgracia: yo vivia en el vicio..... y en el escándalo, y me presté á representar el papel.... de una jóven honrada con un hombre que me hizo su es....posa y que murió sin haberme llamado suya nunca; pero entonces no me arrepentia de nada, porque no os conocia á vos, porque no os amaba, porque no me habíais dicho vos nunca que me amábais, porque no comprendia yo que ha-

bia perdido la honra, que era la única llave que me falta hoy para penetrar hasta el santuario de vuestro amor y mi felicidad. ¡Oh! pero ya lo conozco, y soy muy infeliz: Don Leonel, por Dios, miradme, no apartéis de mí los ojos con disgusto; miradme á vuestros piés suplicando; no quiero vuestro amor, no, no quiero tanto, porque no lo merezco; no quiero mas que vuestro perdon por haberos engañado, y una sola de vuestras miradas.

—Catalina!—exclamó Don Leonel.

—¡Oh! Don Leonel, oidme y me perdonareis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos solo siento cuanto malo he hecho en mi vida; sin haberos conocido, sin haberos amado, hubiera sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este supremo arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos solo, Dios me perdonaria; y vos que me veis de rodillas, confesándoos con rubor mis faltas é implorando vuestro perdon, ¿me lo negareis, cuando es solo el perdon lo que solicito? ¡Don Leonel! ¡Don Leonel! ¿no habrá un Redentor para esta Magdalena?

—Sí le habrá—dijo solemnemente el Padre Alfonso penetrando en la estancia.

Doña Catalina retrocedió espantada á la presencia inesperada del Padre, y Leonel se arrojó á su encuentro abrazándolo.

—¡Hermano mio!—exclamó—soy muy desgraciado!

—Y ella tambien—agregó el Padre señalando á Catalina;—ella quizá mas que tú, hermano mio: acercaos, señora.

Doña Catalina obedeció instintivamente, y el Padre la tomó de una mano.

—Leonel—dijo con solemnidad—tú puedes no amar á

esta mujer, pero no abandonarla cuando vuelve á tí los ojos en su arrepentimiento; no la hagas tuya, pero ábrele, hermano, los brazos cuando busca tu perdon en su abatimiento.

Doña Catalina dió un grito de placer, porque los brazos de Leonel se abrieron, y cayó de rodillas abrazada á los piés del jóven, y derramando un torrente de lágrimas.

—Catalina!—exclamó Don Leonel.
 —Oh! Don Leonel, oídme y me perdonaréis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos sólo siento cuando malo he hecho en mi vida; sin haberlo conocido, sin haberlo sentido, habiéndolo sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este suplicio arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos sólo, Dios me perdonaría; y vos que me veis de rodillas, conseruándoos con rigor mis faltas, é implorando vuestro perdon, me lo negáis, cuando es sólo el perdon lo que solicito? Don Leonel! Don Leonel! no habréis un Redemptor para esta Magdalena?
 —Si lo habréis—dijo solemnemente el Padre Alonso pe-
 netrando en la estancia.
 Doña Catalina reconoció apartada á la presencia in-
 terior del Padre, y Leonel se arrojó á su pié con un
 grito.
 —Hermano mío!—exclamó—soy muy desgraciado!
 —Y esta mujer—agregó el Padre señalando á Catali-
 na—ella que me mira que tú, hermano mío, acorras, es mi
 Doña Catalina obedeció instantáneamente, y el Padre la
 tomó de una mano.
 —Leonel—dijo con solemnidad—te puedes ir á
 38

—No insistáis en nada vos; esta mujer, y si acaso des-
 cubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer
 deshecho, mostrando que nada se os da de todo eso, y
 mostrando que una madeja de seda.
 —Este es el punto que no puede seguir así, yo soy an-
 tes de todo un hombre.
 —¿Y qué derechos...?
 —¿Derechos? ¿pensáis que á una mujer se la comprata
 con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad en
 la posesion pretendida tener? ¿Desengañaos, Don Alonso; á
 no ser cosas muy temerarias.
 XXXIX

En el que se da razon de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo Don Baltasar de Salmeron.

—Buenos, qué camino me queda para...
 —La paciencia, la paciencia: es vuestra esposa.
 DON Alonso de Rivera y Doña Catalina de Armijo queda-
 ron pasmados con la violenta energía de Doña Esperanza.
 La jóven cerró con violencia la puerta de su cámara, y sus
 dos interlocutores se miraron entre sí con asombro, é instin-
 tivamente se retiraron de aquel lugar en que habían llevado
 una leccion tan ruda.
 —¿Qué decís de todo esto?—preguntó Don Alonso.
 —Digo que esa muchacha tiene una energía salvaje, y
 un genio tan fuerte que trabajos os mando para domarla.
 —¿Pero creéis que siga esto así? porque ese aislamiento
 en que ella quiere colocarse, y esa prohibicion de que la
 toque y de que penetre en su habitacion, me convierte en
 el marido mas gracioso del mundo.
 —Supongo que esa resolucion no se llevará adelante; las
 mujeres tienen á veces caprichos raros que es preciso no
 contradecir, y acaban por abandonarlos ellas mismas.
 —¿Segun eso...?

